

Un ejemplo de tolerancia religiosa

EN el número correspondiente al 19 de diciembre de *The Literary Digest*, importantísima Revista semanal de Nueva York, encontramos un artículo del más alto interés sobre tolerancia religiosa, tópico que con tan singular maestría tocó Agustín Nieto Caballero en *Cromos* hace pocos días. (1) Versa el artículo sobre ciertas actitudes de un sacerdote católico de gran prestigio, el Reverendo Padre Francis P. Duffy, Capellán del Regimiento 69 y muy conocido en Nueva York como orador y escritor excelente.

El Padre Duffy, en el órgano del catolicismo de aquella ciudad, *The Catholic News*, refiere los sufrimientos que le tocó soportar a causa del fanatismo de algunos protestantes. Cuando se le nombró Capellán militar, durante la guerra europea, tuvo que hacer un día ejercicios de natación ante todo su regimiento, pues muchos soldados protestantes sostenían que él tenía cola y pezuñas, y le fué preciso destruir, con una prueba objetiva, tal leyenda.

Y después de narrar otros incidentes análogos, el Padre Duffy declara que el fanatismo religioso desaparecerá en breve y que los católicos deben contribuir a ello evitando toda causa de choques y de malas inteligencias. He aquí algunas de sus palabras:

«La actitud de nuestros obispos en el particular ha sido excelente. Constantemente nos previenen contra toda tendencia a las represalias y nos aconsejan que cumplamos discretamente nuestros deberes, probando todos los días que somos tan buenos americanos como buenos católicos. Nosotros no publicamos periódicos para atacar a los protestantes y denigrarlos, ni para celebrar todo escándalo en que se ve envuelto algún sacerdote de esa religión. No hablamos desde nuestros pulpitos contra su persona o su reputación. Disertamos sobre temas religiosos, y es claro que desearíamos ver a todos nuestros semejantes afiliados al catolicismo; nadie podría encontrar censurable el que un hombre trate de convertir a los demás a la religión que él profesa con honrado entusiasmo. A lo que sí nos oponemos es a que ello vaya en mengua de las reglas ordinarias de la vida, y peque contra la verdad o la caridad, como lo hacen algunos de los que nos combaten».

Y en una conferencia pronunciada hace un mes ante la Asociación de es-

critores católicos de Nueva York, el Padre Duffy hizo estas declaraciones de suprema importancia:

«Debemos oponernos resueltamente a ciertos incomprensivos intransigentes de nuestro propio campo. Veamos, por ejemplo, el asunto de la masonería. Yo me opongo con todas mis fuerzas a la tentativa hecha por algunos católicos para producir fricciones y choques entre la Iglesia católica y la orden masónica. Es cierto que un católico no debe ser masón, como tampoco algunos protestantes de ciertas sectas, por estar ello prohibido, pero los masones que conozco y especialmente los dirigentes de los masones, no son anticatólicos, y no hay un sentimiento de antagonismo entre el masón y el sacerdote. El concepto que de ellos tenemos lo hemos tomado de otros países y de otras épocas, pero en realidad no hay razón alguna para que nos lanzemos a la lucha contra los masones. Y algunos católicos que lo pretenden, están dificultando la tarea de hombres como el Magistrado Tompkins, que hacen constantes esfuerzos por mantener su antigua y honorable orden lejos de los oscuros días del fanatismo, a los cuales quisieran volver algunos de sus miembros. Tenemos ante nosotros una grande obra por realizar, la de eliminar el fanatismo, y los católicos no deben hacer nada que estorbe esa obra. El Magistrado Tompkins y todos nosotros, católicos, protestantes y judíos, debemos trabajar juntos por eliminar las causas de choques.

«Tenemos ante nuestros ojos la tarea que nos corresponde: edificar nuestra vida religiosa, con nuestras creencias, y edificar la vida nacional en cooperación con todos nuestros conciudadanos. Si continuamos sirviendo a nuestra Iglesia y a nuestro país como una colectividad sincera y patriota, el fanatismo anticatólico caerá hecho pedazos».

¿Habría necesidad de insistir en la nobleza y amplitud de las ideas del Padre Duffy? Y obsérvese que ellas se refieren a diversas religiones, que buscan la tolerancia y el respeto mutuo para iglesias no sólo distintas sino opuestas, y la colaboración de todas en la tarea de eliminar el fanatismo y servir a la Patria. El Padre Duffy, al referirse a la conducta del clero católico estadounidense en el pulpito y respecto de sus colegas de otras religiones, traza una norma evangélica de caridad y de cultura, acorde en un todo con la Encíclica *Humani Generis* de S. S. Benedicto XV, en la cual

se condenan con tanta energía los sermones de ataques personales o de propaganda partidaria.

Y si esto se aconseja para un país en que luchan unas iglesias contra otras, ¿qué debería hacerse en un país católico en su casi totalidad, donde las luchas son meramente políticas, y serían mil veces menos acres si no se mezclara en ellas el fermento del fanatismo religioso; de esa pasión que todos debiéramos combatir, como lo dice el Padre Duffy y que entre nosotros hace estragos? Porque la verdad es que aquí vemos a diario cómo ese fanatismo se ensaña contra gentes culpables sólo de tener determinada opinión política, y que por otra parte son excelentes católicos y cómo en lugar de evitar las ocasiones de fricciones y de choques, se buscan y fomentan, para mal de todos.

Es extraordinario, pero es exacto, que en Colombia para muchos la suprema aspiración — anhelo vivísimo de paz y de concordia — es que el clero católico, respecto de quienes no son miembros del partido conservador, observe las reglas de tolerancia, de serenidad y de sentimiento de la solidaridad nacional que aconseja el Padre Duffy respecto de judíos, masones y protestantes. Y esa conducta, leal y constantemente seguida, permitiría el engrandecimiento de la Patria, consolidaría el prestigio de la religión, que no seguiría siendo arma y juguete de políticos sin escrúpulos, y haría que desaparecieran las peores causas de división entre los colombianos.

Parece todo eso tan fácil, tan justo, tan benéfico, y sin embargo...

(*El Tiempo*, Bogotá).

El Amor y Anacreonte

Traducción directa de FRANCISCO GAVIDIA.

Tejiendo unas coronas
me encontré cierto día
a Amor entre las rosas.
Cogílo de las alas,
lo sumergí en mi copa
de vino, y levantándola,
en fin, la apuré toda.
Y hoy me hace con las alas
¡atención enojosa!
el Amor, aquí dentro,
escozor a toda hora.

(*Atlacatl*, San Salvador).

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbese! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

(1) El artículo del Sr. Nieto Caballero se publica en esta entrega, y debe leerse atentamente.